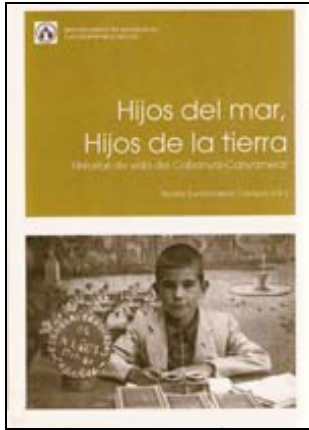


Reseña



Beatriz Santamarina Campos (Dir.).

Hijos del mar, hijos de la tierra. Historias de vida del Cabanyal-Canyameral

Valencia: Dpto. Sociología y Antropología Social, Universidad de Valencia.

Año: 2007

ISBN: 978-84-935288-3-6

Páginas: 206

Santiago Bachiller, Universidad Nacional Patagonia Austral

“Hijos del mar, Hijos de la tierra” se estructura sobre la base de un objetivo principal: rescatar la memoria histórica del Cabanyal-Canyameral, antiguos poblados marítimos en permanente riesgo de ser subsumidos y transformados en simples barrios periféricos de la ciudad de Valencia.

Dicho propósito remite a una problemática que afecta a la ciudad de Valencia en su conjunto, y que se ensaña con particular virulencia en tales poblados: los procesos de renovación residencial especulativa. Con el pretexto de incorporarse y de competir de forma exitosa en un mundo globalizado, en las últimas décadas las autoridades locales han promovido diversos megaproyectos arquitectónicos. Así, tras los discursos cínicos dominados por términos como el de “rehabilitación” o “renovación”, el espacio urbano es reconfigurado en función de unos criterios mercantilistas y economicistas que descartan los aspectos sociales o ecológicos. Más específicamente, las amenazas que ensombrecen el cielo del Cabanyal y del Canyameral se asocian con los denominados procesos de gentrificación urbana. El concepto de gentrificación supone el desplazamiento de los residentes de una zona por parte de otros habitantes con mayor poder adquisitivo. Tales formas coercitivas de renovación residencial suelen basarse en expropiaciones, y responde a intereses especulativos. En el caso de estos antiguos poblados marítimos, bajo la excusa de prolongar una avenida que conecta a la ciudad con el litoral marítimo, los proyectos urbanísticos proponen la destrucción de más de 1651 viviendas. Aunque no es reconocido por las autoridades locales, la destrucción del entramado barrial guarda relación con la construcción de futuras viviendas de lujo.

Los habitantes de estos poblados no se han quedado de brazos cruzados y han respondido con diferentes formas de reclamos y protestas. En tal sentido, "Hijos del mar, Hijos de la tierra" bien podría ser considerado como un esfuerzo de antropología militante y allí reside uno de sus aspectos positivos. Esta obra supone una forma de que la Universidad abandone el encierro académico y brinde un apoyo institucional a los sectores populares de la ciudad. Asimismo, la publicación de esta investigación implica una forma de visibilizar un problema y, por consiguiente, la posibilidad de politizarlo y de encontrar soluciones satisfactorias para quienes padecen la desgracia de residir en una zona codiciada por los especuladores inmobiliarios. Por último, el estudio apunta a reflexionar sobre la necesidad de hallar modelos de crecimiento urbano sostenibles, los cuales no se circunscriban en una dimensión económica, sino que se muestran respetuosos con la gente y los lugares.

La metodología de trabajo se basa en las entrevistas en profundidad a quienes nacieron o crecieron en estos poblados entre 1918 y 1945. El método biográfico desemboca en una serie de historias de vida. A su vez, la información permanentemente es complementada con literatura de escritores que se centraron en las dinámicas barriales. La redacción es tan amena, que de a momentos uno tiene la sensación de sumergirse en un cuadro de Sorolla, hijo inminente de la zona y que, al igual que "Hijos del mar, Hijos de la tierra", se dedicó a inmortalizar escenas costumbristas de la época. Los relatos se estructuran sobre la base de espacios de memoria claves, donde la calle es el eje de análisis central. La calle es el elemento principal que permite configurar la identidad poblacional común. Resulta particularmente interesante como los conceptos de patrimonio y de espacio se ligan con el de sociabilidad: de tal modo, los informantes se explayan en sus recuerdos sobre los diversos usos de la calle para las actividades más dispares (fiestas, oficios, paseos, etc.).

A medida que el lector se adentra en la obra, comienza a dudar si la misma no reitera dos de los vicios más característicos de la antropología: operar sobre la base de una lógica de comunidad cerrada ("la isla" de Malinowski representa el prototipo perfecto de un sistema que puede ser entendido como una totalidad), así como obsesionarse por rescatar un mundo tradicional que se desmorona ante el avance de lo moderno (la extinción de los pueblos "primitivos" es la metáfora arquetípica al respecto). Es pertinente reconocer que, al finalizar con la lectura, estas impresiones se diluyen.

En cuanto al primer aspecto, da la sensación que el barrio es entendido como una unidad claramente delimitada, con unas fronteras infranqueables, las cuales permiten la conformación de un fuerte sentimiento comunitario. Son numerosos los estudios de antropología urbana que han criticado tal tipo de enfoques, dando a entender que las fronteras barriales se caracterizan por su permeabilidad. No obstante, la particular

configuración histórica de estos poblados parece dar la razón a los autores: la incorporación a Valencia en calidad de barrios periféricos es relativamente reciente. Tradicionalmente, un sistema de acequias, así como las huertas y el mar marcaron una frontera que distanció al Cabanyal y el Canyameral de Valencia, tanto en términos geográficos como simbólicos.

En segundo lugar, la antropología de rescate se encuentra presente a lo largo de toda la obra. Los investigadores reconocen que su objetivo es recuperar los lugares y personajes que fueron señas importantes de identidades locales. Es cierto que los términos de “modernización” o “progreso” en muchos casos esconden la destrucción de sociabilidades, estilos de vida, tradiciones o formas de subsistencia. No obstante, las miradas nostálgicas tienden a valorizar positivamente al pasado perdido, y en tal sentido suponen el riesgo de adoptar una postura excesivamente conservadora frente a la vida y el devenir. A pesar de ello, también en este aspecto las circunstancias coyunturales justifican dicho enfoque. Por un lado, los procesos de gentrificación suponen una amenaza real para la existencia del barrio. Por el otro, es innegable que en el Cabanyal-Canyameral buena parte del patrimonio inmaterial, asociado con las prácticas de sus pobladores, se encuentra en riesgo. En tal sentido, la descripción de antiguos oficios, y en particular de la pesca artesanal, es digna de elogio.

Es por ello que una de las cuestiones más significativas del trabajo consiste en la posibilidad de analizar, desde una perspectiva histórica local y a partir del relato de los informantes, el retroceso de los espacios públicos. El Cabanyal-Canyameral nos brinda la oportunidad de rastrear cómo los procesos de privatización y mercantilización han evolucionado en un territorio concreto. Dichos procesos trascienden la actual dinámica de gentrificación, y ello es evidente cuando los informantes evocan cuestiones como por ejemplo el momento en que la playa fue compartimentada y privatizada en algunos sectores.

El libro gira en torno al concepto de memoria. En una España dominada por “los silencios narrativos” respecto de su pasado reciente, esta obra adquiere mayor valor. La política oficial sobre el pasado próximo ha sido de “borrón y cuenta nueva”, y ello no sólo ha implicado que los jóvenes del presente desconozcan la historia de violencia política del último siglo, sino que también ha marcado un abismo generacional respecto de sus propios abuelos. Por consiguiente, los relatos sobre la guerra, el hambre de la posguerra, y la pobreza que hasta hace pocos años padecieron los españoles, representan la oportunidad de concienciar a los jóvenes actuales sobre las raíces de una historia que ha sido sistemáticamente silenciada.

A pesar de ello, probablemente la falencia más notoria del libro justamente se asocie con la noción de memoria. El material extraído de las entrevistas es rico, pero en ocasiones se hecha de menos un análisis que apunte a resolver los siguientes interrogantes: ¿qué

significa recuperar la memoria?, ¿qué fragmentos del pasado se evocan, y cómo se evocan? Por sobre todas las cosas, falta problematizar el concepto de memoria subyacente en cada una de las historias de vida. Las respuestas de los entrevistados se presentan como un bloque homogéneo de memoria, sin grietas ni divergencias. Siendo así, ¿cuáles serían las causas que permiten la conformación de un relato común sobre un pasado idílico? Las respuestas pueden entrecruzarse a lo largo de la obra, pero no han sido explicitadas. Es posible intuir que dichas visiones exageradas sobre un pasado que es valorado positivamente, se construyen en oposición a un presente dominado por el miedo a la expropiación y el fin del barrio. También se podría argumentar que dichos relatos nostálgicos son el resultado de haber entrevistado a ancianos (para quienes, por lo general, “toda época pasada fue mejor a la presente”). Hubiese sido interesante contrastar dichos discursos con las opiniones de los jóvenes que hoy en día viven en el Cabanyal, ver como estos resignifican los mitos barriales y los procesos de gentrificación vigentes. Más aún: los autores dan a entender que determinados hitos históricos estructuran los discursos (la Guerra Civil, o las riadas de 1957 son especialmente relevantes). No obstante, se trata de una cuestión tan importante que justifica un análisis más detallado sobre cómo las catástrofes naturales o producto de la crueldad humana se presentan como auténticas visagras que dividen la temporalidad de los relatos en un antes y un después.

Pero estos comentarios no anulan el placer que el lector experimenta cuando se sumerge en la historia oral del Cabanyal y el Canyameral. El estudio se inscribe en un proyecto más amplio dedicado a generar archivos sobre la memoria de los barrios valencianos. Alentamos para que “Hijos del mar, Hijos de la tierra” represente el comienzo de una investigación más extensa, capaz de cartografiar la memoria de una ciudad.